

**RECUERDA
QUE VAS
A MORIR.**

VIVE

PAUL KALANITHI



**PREPÁRENSE. VEAN CÓMO SUENA
EL AUTÉNTICO CORAJE.
VEAN LO VALIENTE QUE ES
MOSTRARSE UNO A SÍ MISMO
POR COMPLETO. Y, SOBRE TODO,
VEAN LO QUE ES VIVIR.**



Seix Barral Los Tres Mundos

Paul Kalanithi
Recuerda que vas a morir.
Vive

Traducción del inglés por
Santiago del Rey

Título original: *When Breath Becomes Air*

© Corcovado, Inc., 2016

© por la traducción, Santiago del Rey, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

© Imagen del interior: Suszi Lurie McFadden

Primera edición: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-322-2949-7

Depósito legal: B. 14.332-2016

Composición: Àtona – Víctor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

- 13 *Prefacio* por Abraham Verghese
- 21 Prólogo
- 35 Primera parte: En perfecta salud comienzo
- 123 Segunda parte: No cesar hasta la muerte
- 195 *Epílogo* por Lucy Kalanithi
- 217 *Agradecimientos*

Y la mano de Jehová vino sobre mí y me llevó en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Y me hizo pasar cerca de ellos por todo alrededor: y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?

EZEQUIEL, 37:1-3

Yo estaba seguro de que no sería médico. Me tumbé al sol en una meseta desértica que quedaba justo por encima de nuestra casa y me relajé. Mi tío, médico como muchos de mis parientes, me había preguntado ese día a qué profesión pensaba dedicarme, ahora que me iba a la universidad, y yo apenas había hecho caso a la pregunta. Si me hubieran obligado a responder, supongo que habría dicho que quería ser escritor, pero, en realidad, pensar en ese momento en una profesión determinada me parecía absurdo. En pocas semanas iba a abandonar este pequeño pueblo de Arizona, y la verdad era que no me sentía como el que se dispone a trepar por los peldaños de una carrera profesional, sino

más bien como un electrón frenético a punto de alcanzar la velocidad de escape y de salir disparado hacia un universo extraño y destellante.

Permanecí tumbado sobre la tierra, inmerso en la luz del sol y en los recuerdos, sintiendo cómo iba encogiendo de tamaño este pueblo de quince mil habitantes, a mil kilómetros de mi nueva residencia en Stanford y de todas sus promesas.

Para mí, la medicina no era tanto una presencia como una ausencia; concretamente, la ausencia constante de un padre mientras yo crecía: un padre que salía a trabajar antes del alba y que volvía de noche para cenar un plato de comida recalentada. Cuando yo tenía diez años, mi padre nos había trasladado (éramos tres chicos de catorce, diez y ocho) de Bronxville, Nueva York, un barrio residencial denso y acaudalado al norte de Manhattan, a Kingman, Arizona, que estaba en un valle desértico rodeado por dos cordilleras y que, para el mundo exterior, no pasaba de ser un punto donde detenerse a repostar de camino a otra parte. Él se había sentido atraído por el sol, por el coste de la vida —¿cómo, si no, iba a poder sufragar la educación universitaria que quería para sus hijos?— y por la oportunidad de establecer una consulta de cardiología propia que abarcara toda la región. Su infatigable dedicación a los pacientes lo convirtió enseguida en un miembro respetado de la comunidad. Cuando nosotros lo veíamos, a última hora de la noche o los fines de semana, mi padre venía a ser una combinación de dulces muestras de afecto y severas imposiciones, de abrazos y besos y rígidas advertencias: «Es muy fácil ser el número uno: averigua quién es el primero de la clase y saca un

punto más que él». Mi padre había alcanzado una especie de solución de compromiso consigo mismo según la cual la paternidad podía destilarse en breves y concentradas (pero sinceras) ráfagas de alta intensidad capaces de igualar..., bueno, lo que hicieran los demás padres. Y yo sólo sabía que si ése era el precio por ejercer la medicina, sencillamente resultaba demasiado alto.

Desde mi meseta desértica, veía nuestra casa, justo en las afueras del pueblo, al pie de las montañas Cerbat, en medio de un desierto de roca rojiza salpicado de mezquites, plantas rodadoras y cactus con forma de paleta. Allí surgían de la nada remolinos de polvo que enturbiaban la visión y desaparecían tal como habían llegado. Los espacios se extendían hasta perderse a lo lejos. Nuestros dos perros, *Max* y *Nip*, nunca se cansaban de su libertad. Cada día se aventuraban por el desierto y traían a casa un nuevo tesoro: una pata de ciervo, un pedazo de liebre para comerlo más tarde, el cráneo blanqueado por el sol de un caballo, la mandíbula de un coyote.

A mí y a mis amigos también nos encantaba la libertad y nos pasábamos las tardes explorando, caminando, buscando huesos y descubriendo los escasos riachuelos del desierto. Después de vivir en un barrio residencial apenas arbolado del noreste, con una calle principal y una tienda de dulces, el desierto ventoso y salvaje me resultaba extraño y atrayente. En la primera incursión que hice yo solo, a los diez años, descubrí una vieja rejilla de irrigación. Hice palanca con los dedos y la levanté. Ahí mismo, a unos centímetros de mi rostro, había tres telarañas blancas y sedosas y, en cada una, desfilando con patas ahusadas, un relucien-

te y bulboso cuerpo negro, con el temible reloj de arena rojo sangre impreso en el lomo. Cerca de cada araña palpitaba un saco blanquecino anunciando el inminente nacimiento de una infinidad de viudas negras. Solté con horror la rejilla, que se cerró ruidosamente, y retrocedí tambaleante. Las nociones de sabiduría campestre («Nada más mortífero que la picadura de la viuda negra») se mezclaron en mi horrorizada mente con la imagen de los cuerpos negros y relucientes y del reloj de arena rojo. Sufrí pesadillas durante años.

El desierto contenía un panteón terrorífico: tarántulas, arañas lobo, arañas reclusas, escorpiones de corteza, escorpiones látigo, ciempiés, palomillas dorso de diamante, crótalos cornudos, serpientes de cascabel. Al final llegamos a familiarizarnos, incluso a sentirnos cómodos, con esas criaturas. Por simple diversión, cuando mis amigos y yo encontrábamos un nido de araña lobo, dejábamos caer una hormiga en la periferia y observábamos cómo sus intentos de zafarse transmitían las vibraciones por las hebras de seda hacia el oscuro agujero central, acelerando el momento fatídico en que la araña emergía bruscamente y atrapaba entre sus mandíbulas a la condenada. *Sabiduría campestre* se convirtió en la expresión que yo usaba para referirme a la versión rural de la leyenda urbana. Tal como yo la aprendí en un principio, la sabiduría campestre otorgaba poderes mágicos a las criaturas del desierto, convirtiendo, digamos, al monstruo de Gila en una criatura no menos monstruosa que la Gorgona. Sólo tras un tiempo viviendo en el desierto, descubrimos que una parte de la sabiduría campestre, como la existencia del lebrilope (mezcla de liebre y antílope), había sido con-

cebida expresamente para desconcertar a la gente de ciudad y divertir a los habitantes de la región. Una vez me pasé una hora convenciendo a un grupo de estudiantes de intercambio procedentes de Berlín de que existía, en efecto, un tipo especial de coyote que vivía dentro de los cactus y daba saltos de diez metros para atrapar a sus presas (por ejemplo, ejem..., a los alemanes incautos). Aun así, en medio de un torbellino de arena, nadie sabía muy bien dónde se hallaba la verdad; por cada noción de sabiduría campestre que parecía absurda, había otra que daba la impresión de ser fundada y verídica. «Mira siempre dentro de los zapatos por si hay escorpiones», por ejemplo, parecía algo de simple sentido común.

A partir de los dieciséis años se suponía que yo debía llevar en coche a mi hermano menor, Jeevan, al colegio. Una mañana, mientras estaba preparándome para salir, como siempre con retraso, Jeevan, que aguardaba impaciente en el vestíbulo, empezó a gritarme que no quería que volvieran a castigarlo por culpa mía y que hiciera el favor de darme prisa. Bajé corriendo las escaleras, abrí la puerta de golpe... y a punto estuve de pisar una serpiente de cascabel dormida de casi dos metros. Otro hecho conocido de la sabiduría campestre era que si matabas a una serpiente de cascabel en la puerta de tu casa, su pareja y sus vástagos vendrían a hacer allí un nido permanente para vengarse. Así pues, Jeevan y yo lo echamos a suertes: el ganador cogió una pala y el perdedor unos gruesos guantes de jardinero y una funda de almohada, y ejecutando una danza seria y cómica a la vez, conseguimos meter a la serpiente en la fun-

da. Luego, como un lanzador olímpico de martillo, la arrojé hacia el desierto, con la idea de recuperar la funda por la tarde para evitar problemas con nuestra madre.

De los muchos misterios de nuestra infancia, el principal no era por qué nuestro padre había decidido trasladar a su familia al pueblo desértico de Kingman, Arizona, con el que llegamos a encariñarnos, sino cómo había logrado convencer a mi madre para seguirlo hasta allí. Ellos se habían fugado por amor y habían cruzado medio mundo, desde el sur de India hasta Nueva York (él era cristiano; ella, hindú. Su matrimonio estaba condenado por ambas partes y provocó años de desavenencias familiares: mi madre nunca aceptó mi nombre de pila, Paul, y se empeñaba en que me llamaran por mi segundo nombre, Sudhir) y luego desde Nueva York hasta Arizona, donde mi madre tuvo que enfrentarse a un miedo mortal e intratable a las serpientes. Hasta la más pequeña y más mona de las culebras, un reptil totalmente inofensivo, hacía que corriera dando gritos a refugiarse en casa, donde cerraba con llave todas las puertas y se armaba con el utensilio afilado que hubiera más mano: un rastrillo, un cuchillo carnicero, un hacha.

Las serpientes constituían para ella una fuente constante de ansiedad, pero lo que más temor le inspiraba era el futuro de sus hijos. Antes de que nos trasladáramos, mi hermano mayor, Suman, casi había terminado la secundaria en Westchester County, donde la expectativa normal era entrar en las universida-

des de élite. Lo admitieron en Stanford poco después de que llegásemos a Kingman y se marchó muy pronto de casa. Pero Kingman, según descubrimos, no era Westchester. Cuando mi madre analizó el nivel de la escuela pública en el condado de Mohave, se quedó consternada. El censo nacional había identificado recientemente a Kingman como el distrito con el menor nivel de instrucción de Estados Unidos. El porcentaje de abandono escolar en secundaria era superior al treinta por ciento. Pocos estudiantes llegaban a la universidad, y desde luego ninguno a Harvard, que para mi padre era la medida de la excelencia. En busca de consejo, mi madre llamó a sus amigos y familiares de los adinerados barrios residenciales de la Costa Este. Unos reaccionaron de forma comprensiva; otros, con maliciosa satisfacción por el hecho de que sus hijos ya no tuvieran que competir con los Kаланithi, ahora repentinamente privados de educación.

Por la noche, ella rompió a llorar y estuvo sollozando sola en su cama. Temiendo que sus hijos quedaran seriamente limitados por el precario sistema educativo, consiguió, no se sabe de dónde, una «lista de lecturas preparatorias para la universidad». Ella misma, formada en India como fisióloga, casada a los veintitrés años y ocupada con la crianza de sus tres hijos en un país que no era el suyo, no había leído la mayoría de los libros de aquella lista; pero iba encargarse de que sus hijos no se vieran apartados de una buena educación. Así pues, me hizo leer *1984* cuando yo tenía diez años. A mí la novela me escandalizó por sus escenas de sexo, pero también me inculcó un profundo amor al lenguaje y un gran cuidado en su manejo.

A este libro habría de seguirle una infinidad de títulos y autores a medida que íbamos avanzando metódicamente por la lista: *El conde de Montecristo*, Edgar Allan Poe, *Robinson Crusoe*, *Ivanhoe*, Gógol, *El último mohicano*, Dickens, Twain, Austen, *Billy Budd*... A los doce años, yo mismo escogía los libros, y mi hermano Suman me enviaba los que había leído en la universidad: *El Príncipe*, *Don Quijote*, *Cándido*, *La muerte del rey Arturo*, *Beowulf*, Thoreau, Sartre, Camus. Unos me dejaron más huella que otros. *Un mundo feliz* constituyó la base de mi naciente filosofía moral y se convirtió después en el tema de mi ensayo de admisión universitaria, en el que afirmaba que el fin de la vida no era la felicidad. *Hamlet* me sostuvo un millar de veces durante las típicas crisis adolescentes. «A su esquiva amada» y otros poemas románticos nos acompañaron a mí y a mis amigos en varias festivas y desgraciadas aventuras a lo largo de la secundaria: con frecuencia nos escabullíamos de noche para cantar, por ejemplo, *American Pie* bajo la ventana de la capitana del equipo de animadoras. (Su padre era el pastor del pueblo, así que —suponíamos— era menos probable que saliera con una escopeta.) Cuando me pillaron volviendo al alba de una de esas escapadas nocturnas, mi atribulada madre me interrogó concienzudamente acerca de las drogas que suelen tomar los adolescentes, sin sospechar en ningún momento que la mayor intoxicación que yo había experimentado, con diferencia, me la había provocado el volumen de poesía romántica que ella me había dado la semana anterior. Los libros se convirtieron en mis confidentes íntimos; eran como lentes delicadamente

pulidas que me proporcionaban nuevas visiones del mundo.

En su afán de que sus hijos recibieran la mejor educación, mi madre nos llevó en coche a más de ciento sesenta kilómetros al norte, hasta la ciudad más cercana, que era Las Vegas, para que hiciéramos los exámenes de preparación, selectividad y admisión universitaria. Ingresó en el consejo escolar, reunió a los profesores y exigió que se añadieran clases de nivel avanzado en el programa. Era un fenómeno: asumió ella misma la tarea de transformar el sistema escolar de Kingman, y lo logró. De repente, cundió la sensación en nuestra escuela secundaria de que el horizonte no quedaba limitado por las cordilleras que rodeaban el pueblo, sino que se extendía más allá.

Durante el último curso, mi amigo íntimo Leo, que era el encargado del discurso de graduación y también el chico más pobre que yo conocía, recibió esta recomendación del consejero de orientación escolar:

—Eres inteligente. Deberías alistarte en el ejército.

Él mismo me lo contó después.

—A la mierda el ejército —me dijo—. Si tú vas a ir a Harvard, Yale o Stanford, yo también iré.

No sé si me alegré más cuando entré en Stanford o cuando Leo entró en Yale.

Pasó el verano. Como las clases en Stanford empezaban un mes más tarde que en las otras universidades, todos mis amigos se dispersaron, dejándome solo. La mayoría de las tardes, salía yo solo por el desierto a caminar, echarme una siesta y meditar, hasta que mi novia, Abigail, terminara su turno en el solitario café de

Kingman. En el desierto había un atajo entre las montañas para bajar al pueblo, y a mí me resultaba más divertido caminar que conducir. Abigail tenía poco más de veinte años, estudiaba en el Scripps College y, para no tener que pedir créditos y conseguir dinero para la matrícula, se había tomado un semestre libre. A mí me fascinaba su sofisticación, la impresión de que ella conocía secretos que sólo se aprendían en la universidad —¡había estudiado Psicología!—, y quedábamos a menudo cuando salía del trabajo. Ella era como un heraldo del nuevo mundo con el que iba a encontrarme en apenas unas semanas. Una tarde me desperté de mi siesta, alcé la vista y vi a varios buitres que me habían confundido con carroña y volaban en círculo sobre mí. Miré mi reloj: eran casi las tres. Iba a llegar tarde a mi cita. Me sacudí el polvo de los vaqueros e hice corriendo el resto del camino por el desierto hasta que la arena dio paso al pavimento y aparecieron los primeros edificios. Doblé la esquina y me encontré a Abigail, escoba en mano, barriendo la entrada de la cafetería.

—Ya he limpiado la máquina de expreso —dijo—, así que hoy no hay café con leche helado para ti.

Cuando terminó de barrer, entramos en el local. Abigail fue a la caja y cogió un libro en rústica que había dejado allí.

—Mira —me dijo, lanzándomelo—, deberías leerlo. Siempre estás leyendo bodrios de alta cultura. ¿Por qué no pruebas por una vez con algo menos culto?

Era una novela de quinientas páginas titulada *Satan: His Psychotherapy and Cure by the Unfortunate Dr. Kassler, J. S. P. S.* [«Satán: su psicoterapia y curación a

cargo del infortunado Dr. Kassler»], de Jeremy Leven. Me la llevé a casa y me la leí en un día. No era un libro de alta cultura, ciertamente. Debería haber resultado divertido, pero no lo era. Sin embargo, aventuraba la hipótesis de que la mente era sólo un producto del funcionamiento del cerebro, una idea que me produjo una fuerte impresión y que sacudió mi ingenua visión del mundo. Por supuesto, tenía que ser cierto: ¿qué otra cosa hacía nuestro cerebro, al fin y al cabo? Aunque nosotros tuviéramos libre albedrío, también éramos organismos biológicos... ¡y el cerebro era un órgano igualmente sujeto a las leyes de la física! La literatura ofrecía un rico análisis del sentido humano; el cerebro, por su parte, era la maquinaria que de algún modo lo posibilitaba. Parecía una cosa de magia. Esa noche, en mi habitación, abrí mi catálogo rojo de los cursos de Stanford, que había revisado docenas de veces, y cogí un fluorescente. Además de todas las clases de Literatura que ya había marcado, empecé a mirar las de Biología y Neurociencia.

Unos años después, no había pensado mucho más en la carrera que iba a seguir, pero casi había terminado los cursos de Literatura Inglesa y Biología Humana. Lo que me impulsaba no era tanto obtener éxitos académicos como tratar de comprender de verdad qué es lo que da sentido a la vida humana. Yo aún pensaba que la literatura ofrecía el mejor análisis de la vida de la mente, mientras que la neurociencia exponía las reglas básicas del funcionamiento del cerebro. El sentido, aunque fuese un concepto resbaladizo, parecía inseparable de

las relaciones humanas y de los valores morales. *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, resonaba en mi interior profundamente porque abordaba la falta de sentido y el aislamiento, así como la búsqueda desesperada de una conexión humana. Las metáforas de Eliot, descubrí, impregnaban mi propio lenguaje. Otros autores también resonaban en mí. Nabokov, por su percepción de que nuestro propio sufrimiento puede volvernos insensibles al de los demás. Conrad, por su aguda conciencia de que la falta de comunicación entre las personas puede tener un tremendo impacto en sus vidas. La literatura no sólo iluminaba la experiencia ajena, sino que proporcionaba, a mi modo de ver, el material más rico para la reflexión moral. La ética formal de la filosofía analítica, a juzgar por mis breves incursiones en la materia, me pareció tremendamente árida, puesto que dejaba fuera todo el peso y el enredo de la vida humana real.

Durante los años de universidad, mi docto y monástico estudio del sentido humano entraba en conflicto con mis impulsos de forjar y estrechar las relaciones humanas que creaban ese sentido. Si no valía la pena vivir la vida no analizada, ¿valía la pena analizar la vida no vivida? Al empezar el verano de mi segundo año, presenté solicitudes para dos empleos: uno como alumno en prácticas en el Yerkes Primate Research Center, que tenía un elevado nivel científico, y otro como pinche de cocina en el campamento Sierra, un centro de vacaciones para los alumnos de Stanford situado en las impolutas orillas del lago Fallen Leaf, justo en el lindero de los magníficos parajes de Desolation Wilderness que forman parte del Bosque Nacional El Dorado. La

información sobre el campamento te prometía sencillamente el mejor verano de tu vida. Me llevé una halagadora sorpresa al ser aceptado. No obstante, acababa de descubrir que los macacos poseían una forma rudimentaria de cultura, y tenía muchas ganas de ir a Yerkes para ver cuál podía ser el origen natural del sentido en sí. Dicho de otro modo: podía estudiar el sentido o podía experimentarlo.

Después de postergarlo todo lo posible, opté finalmente por el campamento. Luego me pasé por el despacho de mi consejero de Biología para comunicarle mi decisión. Al entrar, lo vi sentado ante su escritorio, concentrado como siempre en la lectura de una revista científica. Era un hombre tranquilo y amigable, de párpados caídos y tez pálida. Cuando le comuniqué mis planes, sin embargo, se transformó en una persona completamente distinta: abrió los ojos de golpe y, con la cara muy roja, empezó a hablar arrojando gotas de saliva.

—¿Qué?! —exclamó—. Entonces, de mayor, ¿vas a ser científico o... chef de cocina?

Al fin, se acabó el trimestre y yo avancé por la ventosa carretera de montaña, todavía un poco inquieto por si había dado un paso equivocado. Mis dudas, sin embargo, duraron muy poco. El campamento proporcionaba lo que prometía, concentrando en un mismo lugar todos los encantos de la juventud: la belleza encarnada en los lagos, las montañas y la gente; la abundancia de experiencias, conversaciones y amistades. En las noches de luna llena, la luz inundaba las tierras vírgenes y podías salir de excursión sin una linterna frontal. Nos poníamos en camino a las dos de la madrugada-

da y llegábamos la cima del pico más cercano, el monte Tallac, justo antes de amanecer. Desde allí veíamos a nuestros pies el reflejo de la noche estrellada en las aguas inmóviles de los lagos. Acurrucados juntos en sacos de dormir, a casi tres mil metros de altura, aguantábamos las ráfagas de viento helado con el café que algún alma previsoramente había tenido la buena idea de traer. Y luego nos sentábamos y contemplábamos cómo el primer atisbo de luz, apenas un ligero tinte azulado, asomaba en el horizonte oriental, borrando lentamente las estrellas. El cielo se iba desplegando a lo ancho y a lo alto hasta que el primer rayo de sol hacía su aparición. Los conductores madrugadores empezaban a animar las lejanas carreteras de South Lake Tahoe. Pero si echabas la cabeza hacia atrás, veías que la bóveda azul se oscurecía en la mitad del cielo y que, por el oeste, la noche seguía todavía invicta, negra como boca de lobo, con las estrellas en todo su esplendor y la luna llena suspendida aún en lo alto. Al este, la luz del día destellaba hacia ti en toda su plenitud; al oeste, reinaba la noche sin la menor señal de rendición. Ningún filósofo sería capaz de explicar mejor lo sublime de esta experiencia: estar como quien dice con un pie en el día y otro en la noche. Era como si ése fuera precisamente el momento en el que Dios decía: «¡Hágase la luz!». No podías evitar sentir que tu existencia era apenas un punto frente a la inmensidad de la montaña, de la tierra, del universo; y aun así seguías notando tus propios pies sobre la roca y reafirmando tu presencia en medio de aquel panorama imponente.

Así era el verano en el campamento Sierra; tal vez como en cualquier otro campamento, pero en todo

caso cada día parecía rebosar de energía y de esas relaciones que le dan sentido a la vida. Otras noches nos sorprendían a unos cuantos en el comedor, bebiendo whisky con el director adjunto del campamento, Mo, un alumno de Stanford que estaba tomándose un descanso en su doctorado de Lengua Inglesa, y charlando sobre literatura y sobre los graves problemas de la vida después de la adolescencia. Al año siguiente, Mo volvió a su doctorado, y más tarde me envió su primer relato publicado, en el que reflejaba el tiempo que habíamos pasado juntos:

Ahora, de repente, sé lo que quiero. Quiero que los consejeros levanten una pira... y que mis cenizas se derramen y se mezclen con la arena. Que mis huesos se pierdan entre las maderas blanqueadas por el sol, y mis dientes entre la arena... No creo en la sabiduría de los niños, ni en la sabiduría de los viejos. Hay un momento, un instante de culminación, en el que la suma de lo aprendido queda desgastada por los detalles de la vida. Nunca somos tan sabios como cuando vivimos en ese momento.

Al volver al campus, no eché de menos la experiencia con los monos. La vida en la universidad era fértil e intensa, y durante los dos años siguientes perseveré en mi búsqueda de un conocimiento más profundo de la mente. Estudié Literatura y Filosofía para tratar de comprender lo que da sentido a la vida; estudié Neurociencia y trabajé en un laboratorio de Imagen por Resonancia Magnética Funcional para comprender cómo podía el cerebro generar un organismo capaz de encontrar sen-

tido en el mundo; y también enriquecí mis relaciones con un círculo de amigos entrañables a través de una serie de travesuras. Irrumpimos en la cafetería vestidos de mongoles; creamos una hermandad ficticia, con falsas pruebas de reclutamiento en nuestra residencia de estudiantes; posamos frente a la verja del palacio de Buckingham con un disfraz de gorila; nos colamos a medianoche en la Memorial Church para escuchar, tumbados en el suelo, el eco de nuestras voces en el ábside, etcétera. (Luego descubrí que Virginia Woolf subió a un buque de guerra vestida como una princesa de Abisinia y, totalmente escarmentado, dejé de alardear de nuestras triviales travesuras.)

Ya en el último año, en una de las últimas clases de Neurociencia, que versaba sobre neurociencia y ética, visitamos una residencia para personas que habían sufrido graves lesiones cerebrales. Nada más entrar en la zona de recepción, nos recibió el sonido de un lamento desconsolado. La guía, una simpática mujer de treinta y tantos, se presentó ante nuestro grupo, pero yo no dejaba de buscar con la vista la fuente de aquellos lamentos. Detrás del mostrador de recepción había una gran pantalla de televisión sintonizada —sin voz— en una telenovela. Una morena de ojos azules, con el pelo muy arreglado, inundaba la pantalla; su cabeza temblaba ligeramente de emoción mientras suplicaba a alguien que no aparecía en el encuadre. La cámara pasaba a un plano general y entonces aparecía su amante, un tipo de recia mandíbula que debía de tener una voz ronca y rasposa, y ambos se fundían en un abrazo. Los lamentos subieron de tono. Me acerqué un poco más para atisbar por encima del mostrador y allí, sentada

sobre una esterilla azul frente a la pantalla, con un sencillo vestido floreado, había una mujer joven, quizá de veinte años, tapándose los ojos con los puños crispados y balanceándose violentamente mientras gemía y gemía. En su balanceo, entreví la parte posterior de su cabeza, donde el pelo se le había caído y quedaba a la vista un pálido trecho de piel.

Volví junto al grupo, que ya estaba iniciando el recorrido por las instalaciones. Hablando con la guía, me enteré de que muchos de los residentes habían estado a punto de ahogarse en su infancia. Eché un vistazo alrededor y observé que no había visitantes, aparte de nosotros. ¿Eso era normal?, pregunté.

Los familiares, me explicó la guía, al principio iban de visita constantemente: a diario e incluso dos veces al día. Luego quizá cada dos días. Luego sólo los fines de semana. Tras unos meses o unos años, las visitas se iban espaciando hasta que ya sólo venían, digamos, por el cumpleaños y por Navidades. Al final, la mayoría de las familias se acababan mudando, y lo más lejos posible.

—No los culpo —me dijo—. Es duro cuidar de estos chicos.

Me entró un acceso de furia. ¿Duro? Claro que era duro, pero ¿cómo podían abandonarlos los padres? En una habitación, los pacientes yacían, la mayoría inmóviles, en catres alineados pulcramente, igual que soldados en barracones. Recorrí una hilera hasta que mis ojos se encontraron con los de una paciente. Debía de andar cerca de los veinte y tenía el pelo oscuro y enmarañado. Me detuve e intenté sonreírle, mostrarle mi interés. Le cogí una mano; estaba flácida. Pero ella balbuceó y, mirándome a los ojos, sonrió.